

Prólogo para Marcos Ana

José Saramago

«Díganme cómo es un árbol, díganme cómo es la justicia, no me digan cómo es la dignidad». Díganles cómo es un árbol porque la cárcel, como un insaciable vampiro, va sorbiendo poco a poco los recuerdos del mundo exterior, díganles cómo es la justicia porque ahí donde se encuentran, entre cuatro paredes inmundas o ante el pelotón de fusilamiento, ésta es una caricatura innoble, un remedo grotesco, la mismísima máscara del oprobio. Pero no les digan qué es la dignidad porque la han conocido íntimamente, con ella se han acostado y con ella se han levantado, comieron en su mesa o le ofrecieron su hambre, y entre unas horas y otras, enfrentando carceleros y verdugos, cerrando los labios y los dientes bajo los extremos de la tortura, esos hombres reinventaron la dignidad humana en los lugares donde, según el catón de los criminales, deberían acabar perdiéndola. Este libro de Marcos Ana nos cuenta cómo ocurrió. Presentándose como memorias de una vida, es mucho más que eso, no sólo porque su autor rechaza todas y cada una de las tentaciones de mirarse, complaciente, en el espejo, sino, sobre todo, porque lo rompe para que, en sus múltiples fragmentos, se refleje el rostro de sus compañeros de infortunio. El *yo*, aquí, es siempre un *nosotros*.

Este libro es una lección de humanidad, pero no porque su proyecto y su propósito hayan sido los de aleccionar a los lectores acerca del camino recto, como si de estas páginas se tuviera que deducir un código ético o un manual de reglas de moralidad pública y privada. De un modo que es al mismo tiempo descarnado y poético, Marcos Ana examina y describe, con sutil bisturí y un estilo seguro de sus recursos, la vida en la cárcel, sus heroísmos y sus desfallecimientos, la solidaridad convertida en instinto, la valentía como un hábito, sin las que no sería posible sobrevivir al infierno de los días y de las noches, al miedo de las madrugada que traían la muerte, la larga espera de una libertad que para muchos no llegó nunca. Dinos cómo es un árbol para que no dudemos de que algo en el mundo, fuera de estos muros, sigue luchando contra la infamia, contra la mentira, contra la crueldad demencial de los enemigos de la vida, dinos cómo es y dónde está la justicia para que le arranquemos la venda de los ojos y así pueda ver, por fin, a quienquiera que, de verdad, ha estado sirviendo, pero no nos digan cómo es la dignidad porque ya lo sabemos, porque, incluso cuando parecía que no era nada más que una palabra, comprendimos que era la pura esencia de la libertad en su sentido más profundo, ése que nos permite decir, contra la propia evidencia de los hechos, que estábamos presos, pero éramos libres. Este libro lo demuestra, como un soplo de aire fresco que llega para derrotar al cinismo, a la indiferencia, a la cobardía. También demuestra que hay una posibilidad real de acceder a la esfera de lo verdaderamente humano. Marcos Ana ha estado ahí. Estuvo y estará mientras viva. Agradecemosle la sencillez, la naturalidad con que es un hombre. Entero, auténtico, completo.

I

LA LIBERTAD

*¡A la calle!, que ya es hora
de pasearnos a cuerpo*

GABRIEL CELAYA

FUE EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1961. No recuerdo la sensación de calor o frío, de oscuridad o luz que tuve al salir de la prisión. Iba en una nube, inadaptado y feliz.

Franco había dado un decretazo que fue más bien un brindis al sol. Anunció la libertad automática para todos los presos políticos que llevaran más de 20 años encarcelados de manera ininterrumpida.

En ese momento, de los 465 presos que había entonces sólo en el penal de Burgos, yo era el único que cumplía ese requisito.

Avisé a mi familia advirtiéndoles que de un día a otro podía salir en libertad. Me reuní con los camaradas de la Dirección del Partido quienes consideraban que una vez liberado sería mucho más útil fuera que en España y así lo comunicarían a París para que tomaran las medidas necesarias. Aunque no estábamos seguros de que dada mi situación especial, dos condenas y mi reiterada peligrosidad, pudiera alcanzarme la «gracia del Caudillo».

Sin embargo, en la mañana de aquel 17 de noviembre me llamaron a Jefatura:

—Prepárese para salir en libertad; después de comer, cuando se arreglen los papeles, podrá usted marcharse.

Llamé a unos camaradas, les entregué unas carpetas que contenían escritos políticos y poemas, para que las

protegerían y me las hicieran llegar tan pronto como les fuera posible.

Después de comer los altavoces me llamaron: «Fernando Macarro, a Jefatura con todo lo que tenga». Me fui con lo puesto. Sólo me llevé conmigo el *Canto general*, de Pablo Neruda, camuflado tras las tapas y las primeras páginas de un libro de versificación religiosa.

Me despedí una vez más de los amigos y camaradas de mi galería.

Se había corrido la voz y cuando bajé, en la puerta del patio, que daba a los rastrillos de salida, ya se habían congregado otros muchos compañeros para despedirme.

«No nos olvides, no nos olvides», me decían algunos al abrazarme. Les dije adiós con un nudo en la garganta, bajo la mirada atenta y sorprendida de los guardianes.

La cita con mi familia era en la «barriada Yagüe», situada a pocos metros de la cárcel, donde vivían unos parientes lejanos. Me esperaban mi hermana mayor, Margarita, que fue siempre para mí como una madre, el tío José y un familiar que trabajaba con un taxi en Madrid y que se ofreció para venir con ellos a buscarme.

Fue un encuentro conmovedor, como si recibieran a un resucitado. Mi hermana no paraba de abrazarme y darme besos mientras sollozaba y reía a la vez estremecida. Al salir de la casa de mis parientes, miré con intensidad a la prisión que acababa de abandonar. El penal, sin embargo, desde fuera, no tenía un aire siniestro. Pero mis ojos atravesaban los recintos y conocían muy bien las entrañas oscuras de aquel pozo.

Después de las emotivas escenas del encuentro con mi familia, emprendimos el viaje. Mis primos burgaleses me proponían ir al centro de la ciudad, tomar un refresco en el Espolón, pasear por las calles como un hombre libre... «Burgos es una ciudad muy interesante», me decían. Mas

yo preferí emprender el viaje lo antes posible, fue casi una huida; sentía la necesidad de poner tierra por medio, como si aún me acechara algún peligro.

Pero no podía huir de mí mismo. La cárcel me seguía como mi sombra. Atenazado por una gran angustia me sentía como si me hubieran arrancado de cuajo de mi universo natural. Por mi cabeza desfilaban los rostros entrañables de los camaradas que dejaba en el Penal, hermanos ejemplares, con los que había compartido tantas luchas y esperanzas.

A los pocos kilómetros tuvimos que parar porque tenía el estómago revuelto y devolví lo poco que había comido. Todo me daba vueltas, iba completamente mareado. Para mí era un momento de gran confusión. En unas horas se me agolparon demasiadas cosas: la despedida de mis camaradas, el encuentro con mi familia, la alegría de la libertad, que aún me parecía un milagro.

Por otro lado, un mundo desconocido e inquietante se asomaba por la ventanilla del taxi y me lo devoraba con los ojos.

Pero mis ojos también sufrían deslumbrados por la luz, la extensión y profundidad del horizonte, acostumbrados como estaban, durante tantos años, a los espacios cerrados y verticales.

Cuando comenzó el atardecer y la luz perdió su fuerza, me sentí mejor. Descansaron mis ojos, aunque el malestar físico y la incertidumbre me acompañaron durante todo el trayecto, hasta que llegamos, ya de noche, a la casa de mi hermana, en Alcalá de Henares.

Allí esperaba el resto de mi familia, mi sobrina Tita, su esposo Julián y sus pequeños hijos quienes habían pasado varias veces a la prisión a verme, cuando lo autorizaban, dos o tres festividades al año. Estuvimos charlando hasta la madrugada. En medio de toda esta confusión de senti-

mientos y de la alegría familiar, yo no dejaba de recordar la petición última de mis camaradas: «No nos olvides, no nos olvides...».

Para ellos esas palabras significaban una esperanza, para mí un compromiso que me acompañaría toda la vida.

No recuerdo bien cómo dormí aquella primera noche en libertad. Seguro que soñaría con la cárcel; no sólo en aquel momento, durante muchos años después, la cárcel permaneció, y aún permanece, agazapada en mis sueños.

PRISIÓN CENTRAL

Muros hirsutos, ásperas cortezas
donde el hombre se duele cada día.
Apretada oquedad de llaga y fosa.
Socavón de Castilla, lento espanto,

catedral invertida hacia la tumba,
bajo una piel de piedra cancerosa.
Hay un árbol aquí, pleno, enterrado,
de corazones vivos que semejan

lámparas rojas en la luz borrosa.
Muchas hojas sin sangre van cayendo,
mas su raíz fosfórica florece
una bandera abierta en cada losa.

Y en esta pena oscura donde habita
mi corazón en sombras, ya tan sólo
la luz de esa bandera es asombrosa.

REENCUENTRO CON LA NIÑEZ

A LA MAÑANA SIGUIENTE recorrí las calles y las plazas de Alcalá de Henares, recuperando muchas escenas de mi adolescencia. Mi niñez estaba más difusa, envuelta en el vacío, como si la prisión hubiera sido el río del olvido y al cruzarlo hubiera borrado aquella orilla lejana de mi vida.

Soy salmantino. Nací el 20 de enero de 1920, en la pedanía de San Vicente, del municipio de Alconada, pero vivíamos en Ventosa del Río Almar, una pequeña aldea de la provincia de Salamanca, en el seno de una familia pobrísima de jornaleros del campo. Mis padres, Marcos y Ana, eran gente noble y sencilla, esclavos de una tierra que no les pertenecía. Mi padre trabajó desde niño y era analfabeto, de una humanidad natural, preocupado siempre por el bienestar de su familia. Mi madre sí sabía leer y escribir, solamente eso, era una mujer de una inteligencia natural y de una ternura que recordaré siempre. Su trabajo, además de atender la casa y la familia, era llevar todos los días la comida, que ella misma cocinaba, a los jornaleros que trabajaban en la labranza. Lo hacía en una vieja tartana, tirada por un caballo renqueante al que llamaban «Luce-ro». Nunca supe por qué le pusieron ese nombre, pues era negro como la noche: quizás porque en su frente llevaba una mancha blanca como una estrella.

Allí, en Ventosa, vivía toda mi familia. Éramos cuatro hermanos, Margarita, la mayor, se vino a servir a Alcalá de Henares, en la provincia de Madrid, y luego fue llevándo-

se, poco a poco, a mis otros dos hermanos, Petra y Fabriciano. En el pueblo nos quedamos sólo mis padres y yo, que tenía entonces seis o siete años; era el más pequeño de la familia.

Los recuerdos que tengo de mi niñez en aquella pequeña aldea son vagos y se me aparecen inconexos. Algunos rostros de mis amigos, los juegos infantiles, las regañinas de mi madre por bañarme en el río, el cansancio de mi padre cuando volvía del trabajo, la miseria extrema de mi familia. Algunos recuerdos más claros, como mi costumbre de ir al atardecer, casi anocheciendo, a esperar a mi padre a las afueras del pueblo, a su regreso de la labranza. Cuando lo veía aparecer a lo lejos, salía corriendo a su encuentro y saltaba sobre sus brazos. Olía a tierra, a sudor y a pobreza. La pobreza tiene un olor noble y honrado que se percibe desde la pobreza. Los domingos me gustaba ir con él al campo a recoger leña. Recuerdo que un día nos sorprendió una tormenta espantosa. Un rayo partió en dos un árbol cercano y mi padre me arrojó con una manta y me acurrucó debajo del burro, para protegerme del miedo y de la lluvia.

Nada importante ocurría en la aldea, el tiempo transcurría con lenta monotonía hasta que un día todo cambió de golpe.

Mi hermana Margarita, obsesionada siempre por reunir a la familia, consiguió un trabajo para mi padre como hortelano en una huerta en Alcalá de Henares. Después de muchas dudas y vacilaciones ante lo desconocido, mis padres aceptaron.

Muy fijo quedó en mí el momento en el que dejamos la aldea. Partimos en un carro de mulas a tomar el tren en la estación de Peñaranda de Bracamonte, cerca de Salamanca. Mi padre me colocó en lo más alto del carro, sobre una serie de maletas y enseres caseros. Nunca había salido de la aldea y todo lo que veía excitaba mi imaginación.

En esta aventura, como en un cuento infantil, lo que más se me quedó grabado fue cuando paramos en la estación de Medina del Campo que, en la época, era un importante nudo ferroviario. El ruido de los trenes, las máquinas que llegaban y salían echando humo y resoplado como enormes animales de hierro. El trajín de la gente, aquella dinámica febril frente a la vida lenta y callada de la aldea me alucinó especialmente.

Todo lo absorbía con mis ojos y mis oídos, asombrados. Cada cosa era una sorpresa, un nuevo descubrimiento.

Llegamos a Alcalá de Henares y nos alojaron en una casa muy humilde y sencilla, de barro y piedra, que se levantaba en una esquina de la huerta.

Y comenzamos una vida nueva, aparentemente mejor que la que habíamos dejado. Sobre todo para mí que hice de la huerta mi paraíso personal, especialmente en los veranos, jugando desnudo, como un pequeño salvaje rubio, siempre tinto de moras y racimos, chapoteando en el estanque a la sombra de un laurel y unos insólitos cipreses...

Muchos años después, en la prisión, en algún momento nostálgico de mi cautiverio, escribí un poema extraño en el que aparecen, instintivamente mezclados con la tristeza, aquellos paisajes de mi niñez:

Pudo el ciprés más que nadie.
Puñal agudo invertido
clavó su aroma en mi sangre.

Las dalias tejen coronas
con luz morada en los ojos
mortecinos de la tarde.

Los cipreses, mano a mano,
con el laurel han tendido
un puente sobre el estanque

(agua delgada y menuda,
remanso puro, mi vida,
sin vivirla un solo instante).
Un hacha suena en el bosque.
Otoño corta las ramas
de mi juventud. ¡Lloradme!

Conservo un recuerdo festivo de la proclamación de la República en abril de 1931. Mi hermana Margarita me fue a recoger a casa, me regaló un gorro frigio, me lo puse sin saber bien lo que representaba y nos fuimos al centro de la ciudad, a la Plaza de Cervantes y a la calle Mayor donde había música y muchísima gente festejando la victoria. En unas mesas mi hermana me compró una bandera tricolor y una tarjeta con los rostros fosforescentes de Galán y García Hernández y me contó que eran dos héroes republicanos. Me explicó que primero debía mirar fijamente la tarjeta y después elevar mi vista al cielo. Cosa de magia y para mí casi religiosa, allí, en la atmósfera celeste, aparecían los rostros de los héroes, hasta que se iban desvaneciendo poco a poco. Cuando mi hermana me devolvió a casa, mis padres, asustados, me quitaron y ocultaron la bandera y el gorro frigio. No mucho más recuerdo de aquella alegría popular. Tenía 11 años y no podía imaginarme cuánto me iba a tocar luchar y sufrir en un futuro no muy lejano por aquella República que el pueblo recibió con tanto júbilo.

Las tapias de la huerta daban a una era, llamada del «pozo artesiano», campo de juego de la chiquillería y en el

otro extremo, cerca del pozo, estaba «El Ventorro», una especie de taberna o merendero en el que mi padre solía ir a jugar a las cartas los domingos y en el que yo me movía como pez en el agua por ser muy amigo de los hijos de los dueños. Éstos y los empleados se encariñaron conmigo y me llamaban el «Enreda», seguramente por mis travesuras infantiles. A lo largo y por el exterior de la huerta que daba a las eras se extendían unas improvisadas chabolas de gitanos que una o dos veces al año se instalaban allí coincidiendo con las ferias de ganado.

Yo jugaba y convivía con los gitanillos de mi edad que me admitían entre ellos, me enseñaban a montar en los asnos y jamás tuve, ni yo ni mis padres, problema alguno con ellos.

Mas todo no era jugar. Pronto me inscribieron en un colegio. Allí aprendí a leer y escribir. La escuela era un pequeño local de una sola planta, anexo al edificio de la Universidad, un colegio de curas donde, por la menor causa, sufrías desproporcionados castigos.

Por mi desobediencia y rebeldía ante el trato que nos daban, me expulsaron.

Mi hermana Margarita, que precisamente trabajaba de sirvienta en la casa de un maestro nacional, habló con él e ingresé en una escuela pública. El maestro se llamaba don Moisés, un hombre severo, pero justo y amable con los alumnos. Allí, con un trato más humano y métodos más modernos de enseñanza, estudié con más interés y provecho.

Los sábados por las noches, con el orgullo infantil de haber aprendido a leer, me hacía mucha ilusión leerles a mis padres, al amor de la lumbre, una novela por entregas que por unos céntimos comprábamos cada semana. Recuerdo sobre todas, una titulada *Gorriones sin nido*, que contaba el alquiler y la explotación que sufrían los niños

pobres, obligándoles a pedir limosna. Esta historia nos hacía llorar a los tres.

A los doce o trece años me colocaron como dependiente en una tienda, perteneciente a los Penalva, una familia que me trató como a un hijo y a la que recuerdo con gratitud y cariño. Allí trabajé hasta que estalló la Guerra Civil. Mis estudios habían terminado.

RELIGIÓN Y CONCIENCIA. Mis padres eran creyentes. En mi casa se rezaba el rosario cada domingo, además de ir a misa por la mañana.

Yo crecí en ese ambiente religioso, marcado por el catolicismo de mis padres y el de sus «amos» —como mi padre les llamaba— que mandaban sobre sus conciencias.

Llegué a ser secretario de una asociación infantil de la parroquia y los domingos cantaba en el coro de la iglesia. Este período, como todos los que vendrían más adelante, lo viví con una pasión intensa e inocente, al extremo de ver muchas veces amoratadas y doloridas mis rodillas, de andar sobre ellas cumpliendo penitencias.

Los jóvenes católicos de entonces íbamos a los mítines políticos de las organizaciones juveniles de izquierdas para repartir a la salida nuestra propaganda religiosa.

En una de esas ocasiones, escuchando a un dirigente de las Juventudes Socialistas, me sorprendió y me dejó conmovido aquel joven orador. Parecía que hablaba de mí, de los problemas de mi casa, de las vicisitudes de mi familia. Quedé muy impresionado y comprendí que yo pertenecía a aquella clase de desheredados a la que él se refería y que mi familia, sin saberlo, integraba ese mundo de sudor y miseria.

Aquel joven orador se llamaba Federico Melchor y muchos años después, tras salir de mis prisiones, tuve la

fortuna de encontrarle en París, de trabajar juntos y hacernos grandes amigos. Era un ser ejemplar, inteligente y de una inolvidable calidad humana. Lo cierto es que Federico Melchor, como el guardagujas encargado de manipular las vías de los trenes, contribuyó a cambiar los caminos y el destino de mi vida.

En lo sucesivo cuando había un acto de las Juventudes Socialistas me ofrecía voluntario para repartir la propaganda católica. Esperaba encontrar de nuevo a aquel joven orador que me impresionó tanto. No siempre era él, pero todos traían el mismo mensaje de lucha y esperanza para los desposeídos. Escuchaba con atención cada vez más profunda, hasta que poco a poco quedé atrapado por aquellas ideas. Me parecía hermoso y romántico aquel ideal de redención para los explotados y en enero de 1936, el mismo día que cumplía los 16 años, decidí ingresar en las Juventudes Socialistas.

Vivía apasionado por mi decisión de defender aquella noble causa, pero a la vez comencé a enfrentarme con una contradicción personal, esencial, porque el sentimiento religioso estaba muy arraigado en mi vida.

Todavía no había volado los puentes que me unían al pasado. Por las tardes, tras el trabajo en la tienda, vendía *Renovación*, el periódico de la juventud socialista, y cumplía las tareas propias de un militante, mientras que por las noches continuaba, todavía con fe, rezando mis oraciones antes de acostarme.

Era una mutación difícil que fui superando poco a poco. Tenía muchas dudas y me hacía cuestionamientos muy graves, no por el ideal que acababa de asumir y del que estaba cada vez más enamorado, sino ante la religión y sus contradicciones que se me revelaron de golpe.

Cerca de casa vivía un dominico que me tenía un gran afecto y que, de acuerdo con los dueños de la finca, a los

que visitaba con frecuencia, propuso que yo ingresara en la Orden, incluso se ofreció a hacerse cargo de los gastos del seminario. La idea, que agradaba mucho a mis padres, no prosperó porque mi hermana Margarita se opuso rotundamente.

Cuando meses después el sacerdote se enteró, o yo se lo dije, de que había ingresado en las Juventudes Socialistas me llamó y tuvimos varias y tensas conversaciones.

Recuerdo las cuestiones aparentemente infantiles, pero a la vez incontestables, que le planteaba. Por ejemplo:

—¿El poder de Dios es limitado o es absoluto?

Él respondía que *el poder de Dios es infinito*. Entonces yo insistía:

—¿Por qué ha creado este mundo con sus miserias, con sus desigualdades y desgracias, si pudo crear una humanidad perfecta y feliz?

Su respuesta era algo así como que *Dios nos concedió la libertad de elegir y es como el padre que se ve obligado a castigar a su hijo si ha elegido el camino del mal*.

No me servía el ejemplo porque yo creía que todo padre, si tuviera el poder que le atribuyen a Dios, crearía un hijo perfecto y sin capacidad para el mal. Además, pensaba que los castigados, personal y masivamente, eran siempre los mismos, los pobres, los más inocentes.

Finalmente, un día, le planteé:

—¿Dios conoce el futuro, su poder alcanza a conocer el devenir de las cosas?

—El poder de Dios —me respondió— no tiene ni principio ni fin y conoce el futuro de cada uno de nosotros y el destino del universo que ha creado.

Un poco airado le contesté:

—Pues entonces Dios ha jugado y se ha divertido con nosotros, porque al crearnos ya sabía nuestro destino, un destino injusto y dramático para la inmensa mayoría de

los seres humanos y que pudo evitar si tenía poder para ello.

Recientemente leí una frase del escritor Primo Levi que vivió los horrores de un campo de concentración nazi: «Debo admitir que la experiencia de Auschwitz ha borrado de mí cualquier rastro de formación religiosa: existe Auschwitz, entonces no puede existir Dios».

Hoy, a esta distancia, me parecen planteamientos un poco ingenuos. Sin embargo aquellas conversaciones que duraron varios días sirvieron para que aquel mundo religioso, doloroso y estéril, se me viniera abajo, por su incoherencia e irracionalidad, y me afirmé en mis nuevas ideas para alcanzar, en la tierra, un mundo más justo y feliz, que redimiera a los desheredados de la injusticia y la pobreza.

Mi militancia y la lucha social me convirtió en un hombre nuevo; un Hombre con mayúscula, como lo escribía Máximo Gorki, más consciente y dueño de mí mismo. Antes era un pequeño ser disminuido y atemorizado, sin voluntad propia, pendiente de la misericordia divina, entre rezos y absurdas penitencias. Ahora me sentía libre y feliz, un creador de futuro, un «misionero» de este mundo y para este mundo, luchando por algo tangible y necesario. Y mi entusiasmo aún fue mayor cuando en abril se culminó el proceso de unificación de los jóvenes socialistas y comunistas. El primero de mayo de 1936 desfilamos por la calle Mayor de Alcalá de Henares cantando la «Joven Guardia», bajo las banderas de la JSU.

No obstante, de aquel pasado místico y religioso me quedó y me queda un gran respeto para quienes profesan esas creencias y ven en ellas, con sinceridad y coherencia, un compromiso de amor activo hacia los demás y especialmente con los más humillados y ofendidos.

Desde la cárcel, en varias ocasiones, llamamos a los católicos a que reparasen en la injusticia que sufríamos los

encarcelados y a que unieran su voz a la del pueblo que exigía nuestra libertad.

Y lo hicieron: millares de católicos, los llamados curas obreros, la iglesia de los pobres y organizaciones como la HOAC, participaron en la campaña por la amnistía y, personalmente, recuerdo a algún sacerdote que fue reprendido por leer desde el púlpito a sus feligreses uno de los poemas que escribí en la prisión llamando a los creyentes:

Sí, lo comprendo.

Tú llevas una cruz sobre tu pecho,
tú rezas con fervor todos los días,
no esperas tu cosecha en este mundo:
hay ángeles que siegan con sus alas
las azules espigas de tus sueños.

Está bien.

Pero tu corazón está conmigo,
con su raíz en tierra inevitable.
Necesitas tu pan de cada día,
los pájaros, los árboles, el agua
y el aire que respiras.
Ven tus ojos paisajes
—cómo van a evitarlo si están vivos—
que dan pena o canción a tu mirada.
No lograrás cegarte,
ni huirte a una ladera solitaria,
ni enmudecer el grito de los hombres.

El amor sabe a incienso y es humano.
Mi madre era «Ana santa»,
un puñado de carne consumida,
arrebuada y sola en el silencio,

que murió de rodillas —me contaron—
crucificada en un leño de llanto,
con mi nombre de hijo entre sus labios
pidiendo a Dios el fin de mis cadenas.

Hoy hay madres que rezan todavía
—miles de corazones prosternados—
por sus hijos heridos en las sombras.
Y otras madres que luchan, golpean
las puertas de la tierra,
exigen a los hombres la muerte de los muros.

Escúchame, quienquiera que tú seas,
si es que el amor a Dios el alma te ilumina.
No puedes de este mundo así marcharte,
emprender la gran senda con las manos vacías,
llegar ante las puertas de Dios, que tu fe sueña
existen bajo el Arco del Eterno Cobijo, para decir:
Señor, Señor, no traigo nada,
dame un puesto al amor de tu lumbre divina.

Porque el Señor, tu Dios, contestaría:
vete, rompe tus pies sobre los hielos infinitos,
apóyate en la vara nudosa de tus odios,
serás un penitente, para siempre, si no hallas
la palma del amor que no quisiste
tomar del árbol que plantó mi sangre.